

y autor de algunos de los mejores poemas satíricos que se publicaron contra Lugones en aquella revista.

Palacio, que hacia 1928 se convertiría en uno de los principales teóricos del nacionalismo de derecha, era a comienzos de la década de 1920, un joven revolucionario de izquierdas deslumbrado por la Revolución Rusa, que presumía de sindicalismo soreliano y se permitía visitar a Lugones en la dirección de la Biblioteca del Maestro, para reprocharle su militarismo de «la hora de la espada» (1924). Lugones, que estaba aislado de sus coetáneos y era un gran solitario, a pesar de su famosa intemperancia, aguantaba las insolencias juveniles con cierta simpatía humana. No compartía ninguno de estos arrebatos, ni mucho menos, pero abrió una posibilidad de relación y cabe suponer que Borges, amigo y cofrade de Palacio en *Martín Fierro*, también se benefició de estos contactos. Recordaba Palacio:

No me aguantaba a mí solamente, sino a varios de mis contemporáneos, que lo queríamos, lo admirábamos, lo visitábamos pero lo hacíamos al mismo tiempo objeto, en nuestros comentarios privados, de críticas implacables. Lugones era, para nuestra generación, un gran problema<sup>5</sup>.

En su madurez y sin precisión de fechas, Borges relató que sus encuentros con Lugones no pasaron de una media docena. No cabe suponer, dado su natural tímido y la manera como se había encerrado en su peculiar mundo libresco, que tuviera grandes deseos de conversar con Lugones. Pero lo conoció y de esa relación sólo obtuvo una impresión de rechazo, casi de antipatía.

Lugones era un hombre soberbio, recordaba Borges:

El diálogo con él era difícil, porque era un hombre más bien áspero, autoritario, que tendía a formular sus juicios en epigramas y entonces cualquier tema lo cerraba inmediatamente con una sentencia. Era una especie de tribunal que juzgaba en última instancia. Entonces se cansaba uno de una conversación en la cual los temas eran efímeros. Tanto es así que al pensar en Lugones mis labios dibujan instintivamente la palabra «no», que era lo primero que él decía a cualquier idea que ofrecían a su juicio. Y creo que empezaba negando y luego inventaba las razones para su negativa. Era un hombre que sin duda se sentía muy solo. Era muy admirado, muy respetado, pero no creo que fuera un hombre querido<sup>6</sup>.

En cuanto a sus juicios sobre la obra literaria de Lugones y en especial sobre la poesía, en Borges la admiración coexistía con la desconfianza. Sospechaba que no era auténtico y que, incapaz de una invención verdadera, sólo reflejaba a otros autores y libros. Así se lo había reprochado en 1926 cuando publicó una crítica del *Romancero* de Lugones en la revista *Inicial*. Es verdad que, años más tarde, Borges volvió a las formas tradicionales y se arrepintió de la iconoclastia juvenil, pero no modificó aquella sospecha primera. Hasta la religiosidad, que algunos habían creído advertir en Lugones, no creía que fuera una creencia íntima. Pensaba que tampoco eran auténticos sus alardes de fidelidad matrimonial, que concluyeron en el fracaso de su último amor por una joven. Lugones, sostenía Borges, sólo buscaba ajustar su

<sup>5</sup> Ernesto Palacio, «Lugones vivo». En *Sexto Continente*, Buenos Aires, 2, agosto-septiembre de 1949. Nos hemos ocupado extensamente de Lugones en el marco del nacionalismo argentino, en nuestra obra: *El Nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, cap. IV. «Nacionalismo y política. Leopoldo Lugones», tomo 1, págs. 103-164.

<sup>6</sup> Antonio Requeni, «Jorge Luis Borges habla de Leopoldo Lugones», en *La Prensa*, Buenos Aires, 17 de junio de 1979.

imagen a la de un cierto estereotipo tradicional de «caballero argentino» que él se había forjado, donde también estaba la admiración por sus antepasados militares<sup>7</sup>.

Casi siempre que se refería a la poesía de Lugones, cuyo dominio verbal lo fascinaba, no dejaba de señalar prosaísmos, mal gusto, excesos y desaciertos, como si aquella admiración tuviera que ser limitada por algún reproche. Borges no hablaba como crítico literario y en sus opiniones espontáneas era evidente la desconfianza que velaba aquella admiración.

<sup>7</sup> Jean de Milleret, Entrevistas con Jorge Luis Borges. Traducción de Gabriel Rodríguez. Caracas, Monte Avila Editores, 1970, págs. 85 y 92. Las opiniones de Borges sobre los infinitos aspectos que constituían su mundo literario y emotivo, se pueden hallar en muchas entrevistas y artículos periodísticos. Damos noticia de algunos de los que hemos tenido en cuenta, sin agotar, desde luego, este repertorio: «Harto de laberintos», Mundo Nuevo, París, pág. 18, diciembre de 1967; «El viajero y sus sombras», Siete días, Buenos Aires, pág. 172, 30 de agosto de 1970; «Jorge Luis Borges habla a los demás», Confirmado, Buenos Aires, pág. 239, enero de 1970; «Herbert Simon y Jorge Luis Borges», Primera Plana, Buenos Aires, pág. 414, 5 de enero de 1971; «Borges: la poesía, la política, la revolución», Clarín, Buenos Aires, 27 de abril de 1972; Rubén Ríos, «Martín Fierro», Tiempo Argentino, Buenos Aires, 4 de marzo de 1984; «Diálogo con el público sobre la poesía», La Nación, Buenos Aires, 25 de agosto de 1985.

<sup>8</sup> Ferrando Sorrentino, Siete conversaciones con Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Casa Pardo, 1973, pág. 25.

## Política y literatura

Entre el cierre de la revista *Martín Fierro* y la reaparición de Borges como periodista literario del semanario *El Hogar*, de Buenos Aires, pasaron cerca de diez años, durante los cuales no conocemos ningún registro de las relaciones entre Borges y Lugones. Fueron años intensos para este último, sobre todo en el orden político y personal y los caminos de ambos se bifurcaron rotundamente. Lugones definió su nacionalismo, fue uno de los líderes intelectuales de la revolución del 6 de septiembre de 1930, que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen y tomó parte activa en las primeras manifestaciones de esta ideología. Su militancia concluyó en el fracaso y la decepción, pero su abierta opción por el autoritarismo reforzó su distanciamiento de la mayoría de los escritores argentinos y, en particular, de los jóvenes, que se inclinaban hacia el liberalismo o la izquierda.

Todo ello contribuyó, pues, a que Borges también se desinteresara de Lugones. Ya estaba presente el nacionalismo en la política argentina y vimos cómo uno de sus amigos, Palacio, había abrazado las nuevas ideas. Borges, en sus recuerdos, engloba en el nacionalismo a otros cofrades «martinfierristas», como Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez y afirma que por ese motivo él no quiso colaborar en la revista *Libra* que apareció en Buenos Aires, en 1929, patrocinada por Alfonso Reyes y bajo la dirección de los dos poetas argentinos mencionados. En una conversación mantenida con Fernando Sorrentino, muchos años después, decía Borges:

Recuerdo que Alfonso Reyes había fundado una revista, llamada *Libra*, y me invitó a mí a colaborar en la revista. Pero, como en esa revista colaboraban muchos nacionalistas y yo sé que a la gente le gusta simplificar, le escribí una carta a Reyes diciéndole que yo me sentía muy honrado con su invitación, pero que no podía aceptarla, porque si yo colaboraba junto a un grupo de jóvenes escritores argentinos nacionalistas, naturalmente la gente me vería a mí también como un nacionalista. Y, como no soy nacionalista ni quiero que me tomen por tal, le dije a Reyes que prefería no colaborar en la revista *Libra*, y él me contestó —no sé si aún guardo la carta por ahí— diciéndome que era una lástima que yo pensara así, pero que él comprendía mis razones y recordándome que me esperaba a cenar el domingo siguiente. Posiblemente obré mal, pero como en aquel momento yo era bastante menos conocido que ahora, yo sabía que si veían mi nombre junto al nombre de Marechal o al nombre de Bernárdez —que también era nacionalista en aquel momento— la gente iba a meterme en *le mème panier*, como dicen los franceses<sup>8</sup>.

No conocemos ninguna de las cartas cambiadas entre Borges y Reyes; es muy posible que se encuentren en el archivo de este último y que en alguna oportunidad se reproduzcan, pero por ahora es interesante subrayar algunas circunstancias. Por ejemplo, en el *Diario. 1911-1930*, de Reyes, figura la anotación siguiente:

27 de mayo de 1929.

Borges se retira de *Libra* (de la redacción nominal), aunque seguirá colaborando, por ciertos leves choques con Marechal, pero, a la vez, porque tiene compromisos amistosos con muchos literatos «impuros» que Bernárdez no quiere aceptar<sup>9</sup>.

Ni Marechal ni Bernárdez aparecen como militantes nacionalistas en 1929; pudieron serlo, quizá, pero en un nivel tan personal y privado que no se pueden comprender los escrúpulos de Borges. Reyes no menciona esta circunstancia y sólo nos queda conjeturar que en sus conversaciones con Sorrentino, Borges trasladaba a esos años, las definiciones políticas que ambos adoptarían después, sobre todo al estallar la guerra civil española de 1936, acontecimiento crucial que separó tajantemente a los escritores argentinos e hispanoamericanos.

Después de 1930 se había producido en Occidente una ideologización muy marcada de la inteligencia. La experiencia dictatorial del general Miguel Primo de Rivera en España, la consolidación del fascismo en Italia y el surgimiento del nazismo en Alemania, tuvieron su contrapartida en el crecimiento del socialismo entre los partidos y los movimientos obreros y el auge de la difusión del comunismo orientado desde la Rusia de Stalin. Eran años de extremos totalitarios y las tendencias liberales y moderadas se batían en retirada.

En la Argentina, por su parte, después de la Revolución de Septiembre, había comenzado un cambio en el panorama cultural y político. Surgió entonces un movimiento de ideas que puso el acento en el catolicismo, en una cierta analogía con lo que ocurría en Francia, Inglaterra y España. Las ideas autoritarias de derecha cobraron una difusión desconocida hasta entonces: proliferaron las revistas, los núcleos de activismo cultural y muchas otras manifestaciones que respondían a la misma tendencia. El hispanismo católico fue una de las facetas de este movimiento y uno de los escritores que se definieron a favor de ella, después de 1930, repetimos, fue el ya nombrado Francisco Luis Bernárdez.

Borges repudió, desde el primer momento, este conjunto de ideas y actitudes políticas. A su escepticismo intelectual y amor a la literatura pura, debió chocar fuertemente la afirmación dogmática y el talante agresivo con que esta corriente se presentaba en la Argentina. Para peor, fue objeto de ataques que pretendían agraviarlo, como el que le hizo el semanario filofascista *Crisol*, acusándolo de judío. A lo cual contestó Borges con su artículo «Yo, judío», aparecido en la revista *Megáfono* en abril de 1934, donde aplicó la ironía y el sarcasmo para ridiculizar las intenciones de aquella pretendida agresión. Este breve ensayo es la primera manifestación de una disidencia con la derecha argentina, que será profundizada años más tarde.

<sup>9</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*; Prólogo de Alicia Reyes. Nota del Dr. Alfonso Reyes Mota, México, Universidad de Guanajuato, 1969, pág. 279.

Entre tanto, continuaba su carrera literaria y se fue distanciando, cada vez más, de cualquier emoción criollista, para reposar en un porteñismo lúdico y en una literatura que se deleitaba con la erudición exótica y las imaginaciones sorprendentes. Su escepticismo filosófico se radicalizó con el descubrimiento del idealismo y su rechazo de cualquier compromiso con la realidad se fue acentuando. La serie de sus artículos y notas en *El Hogar* (1936-1939) es un testimonio de la madurez de este estilo: irónico, ingenioso, brillante. Pero su alejamiento de las pasiones políticas fue total.

Cuando en 1936 se realizó en Buenos Aires el Congreso Internacional de los PEN Clubes, el enfrentamiento de los escritores por razones políticas fue muy severo. En Europa los fascismos contaban con partidarios notables y las persecuciones políticas y raciales que se llevaban a cabo en Alemania habían provocado reacciones y condenas, que se reflejaron en los debates de ese Congreso de Buenos Aires. Ya era evidente la división política e intelectual entre la derecha y la izquierda —para no entrar en más precisiones—, al igual de lo que ocurría en Europa y en toda Hispanoamérica. Para agravar más ese choque polémico, en julio de 1936 estalló la guerra civil de España y las disidencias se profundizaron, en razón de la afinidad hispánica y al hecho de que en la Argentina vivían miles de españoles provenientes de las diversas épocas de la inmigración.

En el grupo de la revista *Sur*, de Victoria Ocampo, donde se hallaba Borges, todos estos conflictos repercutieron hondamente. La renuencia de Ortega a apoyar la República impresionó a Victoria Ocampo y hubo quienes como Eduardo Mallea, que al igual que otros escritores estaban vinculados al diario conservador *La Nación*, se mostraron partidarios del alzamiento militar. En ese clima de discordias, algunos intelectuales definidos como nacionalistas: Julio Irazusta —amigo y colaborador de *Sur* desde sus comienzos—, Ernesto Palacio, Lisardo Zía, Ramón Doll y Leopoldo Marechal, se alejaron de la revista en desacuerdo con la posición liberal que ésta, a pesar de sus reticencias, había adoptado.

Por otra parte, las relaciones de Victoria Ocampo y *Sur* con personalidades como Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala provocaron el rechazo y los ataques de escritores españoles y argentinos, que le reclamaban a la revista un apoyo franco a la causa de la República.

A esta altura, la ideologización del campo literario era franca e irreversible. Borges no aparece involucrado personalmente en estas discusiones políticas pero su temperamento e ideas, rotundamente liberales, lo alejaban por completo del campo en que se hallaban nacionalistas, derechistas y conservadores. No alcanzaba a definirse a favor de ninguna de las ideologías contrarias pero su escepticismo bastaba para repudiar todo lo que representaba la derecha y, muy particularmente, el énfasis agresivo e intolerante que la caracterizaba, sobre todo en medio de la lucha despiadada que correspondía a la guerra de los Aliados contra el Eje. Una buena muestra de su posición en su «Definición de germanófilo», publicada el 13 de diciembre de 1940<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Jorge Luis Borges, «Definición de germanófilo». En su: *Textos cautivos; Ensayos y reseñas de «El Hogar»* (1936-1939). Edición Sacerio-Garí y Emir Rodríguez Monegal. Buenos Aires, Tusquets, 1986, págs. 335-338.